

pontificia Constantino, también siro, y la ocupó por espacio de siete años. Este fué el sétimo de los Papas nacidos consecutivamente en Siria ó en Grecia; particularidad que se atribuye á las persecuciones de los musulmanes y á las frecuentes revoluciones del imperio, pues con motivo de ellas muchos orientales se refugiaban en Roma, en cuyo suelo aquellos genios comunmente superiores á los del Occidente, é impulsados por otra parte de la emulacion, se desarrollaban enteramente y se mostraban muy capaces de los primeros ministerios.

Manifestó el Papa Constantino tanta sabiduría y dulzura que le grangearon la estimacion y amor universal. Sin abandonar cosa alguna de los derechos de su Silla, supo congraciarse con el emperador Justiniano, tanto que este príncipe vengó con un rigor tal vez excesivo la injuria que el arzobispo de Rávena habia hecho á la Cátedra de San Pedro. Es el caso que Felix, recién ordenado para prelado de esta iglesia se negó á hacer á la de Roma las promesas que habian hecho por mucho tiempo y sin interrupcion sus predecesores; y de acuerdo con la potestad secular tomó medidas secretas para que no se le obligase á ello. El emperador que lo supo dió orden al general y al ejército de Sicilia para que partiesen contra Rávena: hicieronlo en efecto y se apoderaron de la ciudad: Felix y sus cómplices fueron cargados de cadenas como perturbadores y conducidos á Constantinopla, en donde sacaron los ojos al arzobispo y luego le desterraron al Ponto (1).

Por este mismo tiempo San Bonet, obispo de Clermont en Auvernia, edificaba con sus ejemplos á todas las Galias. Su hermano Avito, segundo sucesor de San Proyo, nombró á Bonet para que fuese su sucesor despues de su muerte con aplauso general de

(1) Anast. Papabr.

su iglesia, con el consentimiento de la corte y con todas las formalidades necesarias (1). La institucion no podia ser más canónica en cuanto á las cualidades del sujeto. Bonet, natural del mismo Clermont, de familia senatoria, elevado al empleo de canceller y nombrado luego gobernador de Marsella y de la Provenza, hizo todavía mayores progresos en la virtud que en las dignidades. Dió en todas partes el ejemplo de una fé viva y fecunda en buenas obras, redimiendo cautivos, reconciliando á los enemigos y dedicándose al ayuno, á la oracion, y á todos los ejercicios de la vida cristiana y perfecta. Consagrado obispo, redobló su fervor: permanecía dos, tres y cuatro dias sin comer: oraba con tantas lágrimas que regaba con ellas sus vestidos: leía ó meditaba sin cesar las Sagradas Escrituras: apenas dormia, y observaba un profundo retiro, principalmente en la Cuaresma, todo aquel tiempo que le dejaban libre las funciones exteriores del celo y de la caridad. Ejercitaba religiosamente la hospitalidad: cuidaba con esmero de los pobres repartiéndoles inmensas limosnas; y conferenciaba frecuentemente con los sacerdotes para mostrarles el camino de la virtud é imponerlos en la ciencia canónica.

No fué menor la inquietud que causaba á su espíritu su elevacion al episcopado por haber sucedido á su hermano aun en vida de este. En el monasterio de Soliñac, cerca de Limoges, vivia un discípulo de San Eloy, llamado Tillon, que gozaba gran opinión de santidad y de inteligencia en las cosas pertenecientes á la salvacion. Fué el humilde prelado á consultarle sobre los escrúpulos de su conciencia; y aquel varon de Dios, anteponiendo la observancia literal de los cánones á cualquiera otra ventaja, le aconsejó que dejase el obispado. Obedeció

(1) Act. SS. Bened. tom. 3 pag. 90.

con sencillez evangélica, se retiró á la abadía de Manlieu, fundada algunos años antes, y tomó el hábito de monje. No cesó sin embargo de entregarse á los trabajos del obispado. Levantando segunda vez la cabeza en la diócesis de Clermont las heregias de Novaciano y Joviniano, que ya se juzgaban estinguidas, salió de Manlieu una refutacion sólida atribuida en su mayor parte al obispo Bonet. Distribuyó todos sus bienes á las iglesias y monasterios, y despues de cerca de un año de retiro fué á Roma á visitar los sepulcros de los Santos Apóstoles. Su viaje fué una serie no interrumpida de buenas obras: reconcilió al duque de Borgoña con el arzobispo de Lyon y edificó con su piedad y modestia á los solitarios mas fervorosos de Agauno y de la isla Bárbara. Ariberto, rey de los lombardos, creyó deber á sus oraciones una insigne victoria que le afianzó en la posesion del trono. Redimió Bonet muchos cautivos y repartió á los pobres lo que le quedaba. A su regreso de Roma, detúvose en Lyon, donde espiró al cabo de cuatro años de permanencia en aquella ciudad, lo que no estorbó trasladar sus reliquias á su antigua iglesia de Clermont.

Por este tiempo gobernaba la iglesia de Auxerre San Tétrico: fué abad del monasterio de San German, y se cuentan catorce religiosos de esta casa, entre ellos seis abades, que llegaron á ser obispos de la misma iglesia. Por un sínodo celebrado por San Tétrico en el primer año de su episcopado sabemos cómo los prelados celosos de la magestad del culto público suplían á él de otro modo cuando no era bastante numeroso el clero de la matriz, pues este Sínodo señala los meses y las semanas en que los abades y los arciprestes de diferentes iglesias de la diócesis debían concurrir á la catedral para celebrar los divinos oficios (1), esceptuando

(1) Hist. Episc. Antis. cap. 24.

solamente el mes de setiembre, sin duda por razon de las vacaciones concedidas á causa de la vendimia. El ecónomo encargado de la administracion de los bienes de toda la iglesia, y diferente del mayordomo que cuidaba en particular de la casa episcopal, suministraba la retribucion conveniente á cada cuerpo de asistentes durante su semana, y debia privar del vino á los que no fuesen exactos. En la diócesis de Auxerre se conservan desde el siglo anterior monumentos de esta disciplina. Es venerado San Tétrico como mártir, segun la costumbre de aquel tiempo, por haber sufrido una muerte injusta y violenta, pues estando durmiendo fué asesinado por su propio arcediano. Despues de su muerte estuvo vacante tres años la Silla de Auxerre.

Eran estos desórdenes una consecuencia inevitable de los que reinaban en el gobierno, ó por mejor decir, de la anarquía que durante la menor edad de muchos reyes desoló á la Francia. Ofrece otro ejemplo triste de esto mismo la muerte de San Lamberto de Maastricht (1). Despues de siete años de ausencia de su Silla, el asesinato de Ebroino dió lugar á Pipino para arrojar de ella al usurpador Faramundo. Sacaron entonces á Lamberto honrosamente de su retiro de Stavelo, y fué restablecido en el obispado á ruegos de su clero y de todo el pueblo. Tomó á emprender el oficio pastoral con su ardor acostumbrado, y para compensar el tiempo consumido en la ociosidad á que la violencia le habia sujetado, tomó á su cargo la conversion de los paganos que quedaban todavía en un pais muy vecino á Maastricht, y el resultado correspondió á sus deseos. Con su dulzura y paciencia inalterables habia humanizado ya á aquellos salvajes y hécholes derribar muchos templos y muchos ido-

(1) Act. SS. Bened. tom. 3, pag. 72.

los, cuando en el seno mismo de su iglesia, dos hermanos poderosos, Galo y Rioldo, le dieron mas disgustos que los infieles, y se hicieron insoportables á todo el mundo por sus violencias. Indignáronse de tal manera los parientes y amigos del Santo, que llegaron al extremo de darles la muerte.

Dodon, pariente de Galo y Rioldo y favorito de Pipino, resolvió vengarse en el santo obispo que tan inocente estaba de aquel crimen. Reunió una multitud de gente armada y fueron tumultuosamente á acometerle en el pueblo de Lieja, puesto á las orillas del Mosa. Estos furiosos rompieron las empalizadas y las puertas, escalaron el castillo, y en un momento cubrieron el tejado. Dieron parte al obispo al tiempo que el sueño cerraba sus párpados, y como la santidad de su carácter no habia disminuido su valor, tan propio de una sangre ilustre en su siglo y en su nacion, su primer movimiento fué echar mano á la espada; pero, reprimiendo al instante la gracia los impulsos de la naturaleza, arrojó el arma y puso su vida en manos de aquel Señor que dió la suya por sus propios verdugos. Entraron inmediatamente dando gritos, prurriendo en mil amenazas, haciendo un ruido horrible con sus broqueles, y dando fuertes golpes con las lanzas en los paredes. Este confuso tropel de salteadores no era á pesar de esto tan temible como parecia. Dos sobrinos del obispo sin otras armas que unos palos les obligaron á retroceder; mas el santo prelado dirigiéndose á sus sobrinos y á todas las personas que le acompañaban, les dijo: «si me amais verdaderamente, absteneos de la violencia á imitacion de Jesucristo y de vuestro obispo, que se esfuerza por seguir su ejemplo.» Uno de sus sobrinos replicó diciendo: «¿no ois como amenazan poner fuego á la casa y abrasarnos vivos?» Respondió el Santo: «Acordaos, sobrinos míos, que sois reos de

la muerte de dos hermanos: teneis bien merecido el infortunio que os amenaza.» Mandando despues salir de su aposento á todos, se postró con los brazos estendidos en forma de cruz, y se puso á hacer oracion vertiendo muchas lágrimas. Entretanto los enemigos forzaron las puertas de la casa, entraron en gran número, asesinaron á cuantos pudieron haber á las manos, y uno de ellos, subiendo en cima del techo que correspondia á la habitacion del Santo, hizo en él una brecha y le disparó por ella un dardo que le quitó la vida. Su cuerpo fué puesto despues en una barca, y conducido á Maastricht.

Sucedióle su discípulo Huberto, que pertenecia á la nobleza de Aquitania, y en su juventud habia estado empleado en la corte del rey Tierri, en la que cayó por desgracia en los extravíos ordinarios de una vida disipada y mundana. Dicen que habiendo ido á caza en un dia de fiesta muy solemne mientras que los demas fieles asistian á los divinos oficios, vió un ciervo con una cruz en la cabeza y oyó una voz espantosa que le anunciaba una infelicidad eterna si no hacia penitencia de sus culpas, y que aterrado se arrojó al instante del caballo, y postrándose en el suelo ofreció obedecer la orden del cielo (1). Sea lo que fuere de la verdad de este prodigioso suceso, cuyo garante es únicamente un autor anónimo, Huberto pasó á la Austrasia, en donde oyendo hablar de las raras virtudes de San Lamberto fué á buscarle para sujetarse á su direccion y el Santo le admitió en su clero. Habia sido casado, y aunque jóven todavía tenia un hijo llamado Florentino, que mucho tiempo despues le sucedió en el obispado. Hizo despues de su conversion progresos tan rápidos en la virtud, que muerto su maestro no encontraron

(1) Coint. an. 688, n. 34.

otra persona mas capaz de consolar á los fieles en el dolor de la sensible pérdida que acababan de experimentar con la muerte de Lamberto.

Entretanto no se hablaba de otra cosa que de los milagros obrados en la casa donde habia sido muerto San Lamberto, erigida luego en iglesia por la piedad de los fieles (1). Contaron al obispo Huberto diferentes apariciones de su santo predecesor, en las que habia mandado se trasladase su cuerpo á Lieja. Huberto conocia mejor que nadie los varios medios extraordinarios por los cuales el cielo podia manifestar sus decretos; pero procedió con la mayor escrupulosidad y con todas las reglas de un discernimiento sabio y religioso. Consultó, oró, y practicó y prescribió ayunos, hasta que convencido de la voluntad del Señor, hizo la traslacion con la mayor solemnidad en el año tercero de su episcopado. Enterraron al Santo mártir en el mismo sitio en que sufrió la muerte, y levantaron despues allí una iglesia magnífica. La fama de los milagros que principió á obrar el Señor por intercesion del Santo, atrajo allí mucha gente de todas partes; y así Lieja, que era un pueblo pequeño distante una legua de Tongres, llegó á ser una gran ciudad á donde en 721 fué trasladada la Silla episcopal que antes habia sido igualmente trasladada desde Tongres á Maastricht.

No era menos edificante el espectáculo que ofrecia la iglesia de Inglaterra. No podia pedírsela mayor respeto á la Iglesia romana, reconociéndose deudora de su origen y del conocimiento de la doctrina evangélica á esta madre universal. Desde el Océano hasta Roma estaban los caminos cubiertos de ingleses de ambos sexos y de todas condiciones, de nobles, de duques, y reyes, que corrian á tributar sus religiosos home-

nages al Vicario de Jesucristo: práctica á la verdad mas loable en su principio que imitable quizá en su continuacion y sobre todo en sus excesos. Mas la gracia, utilizando los defectos mismos de estos pueblos, convertia en obras de penitencia y en medios de santificacion la inestabilidad natural de su génio y la larga costumbre de una vida errante y vagabunda.

Cenredo, rey de los mercienses, que se habia ocupado con celo en la restauracion de San Wilfrido, dejó la corona despues de seis años de reinado, marchó á Roma en donde abrazó la vida monástica (1), y allí perfeccionó su santificacion con la limosna, el ayuno y la contemplacion de las cosas santas. Habia llevado en su compañía á Offa, rey de los sajones orientales, príncipe jóven de una presencia y carácter amables, delicia de su pueblo y de su familia, y que dió un eterno adios á su esposa y á sus súbditos para consagrarse con Cenredo á los penosos ejercicios de la vida religiosa. Murieron ambos al poco tiempo conforme lo habian deseado.

Por entonces tambien murió San Adalmo, primer obispo de Schirburn (2). Era de una familia noble del reino de la Sajonia occidental, y recibió su primera educacion en el monasterio de San Agustin de Cantorberi, bajo la disciplina del abad Adrian tenido por muy hábil, quien en breve tiempo le impuso en el conocimiento de las lenguas griega y latina. Habiendo vuelto á su pais se hizo monge en el monasterio de Malmesburi que habia levantado poco antes Madulfo, solitario irlandés. Al principio vivió como hermitaño, mas careciendo de qué alimentarse, utilizó sus talentos y se consagró á la instruccion de los jóvenes que vivian en aquellas cercanías. Siguien-

(1) Ven. Bed. lib. 5 hist. c. 21.

(2) Act. Bened. tom. 3, pag. 222, et tom. 5, pag. 26.

(1) Act. SS. Bened. tom. 3, pag. 78.

do su ejemplo muchos de sus discípulos abrazaron la vida monástica, y este fué el fundamento de la gran celebridad á que llegó despues el monasterio de Malmesburi. Adelmo siguió mas que nunca la inclinación agradable que le arrastraba al estudio, y se dedicó principalmente á las artes liberales, siendo el primer inglés que supo versificar en latin. Cultivó tambien la poesía inglesa, y escribió en lengua vulgar algunos cánticos de piedad para instruir mas fácilmente á un pueblo voluble, al que los medios ordinarios fastidiaban. Hacia alto en medio de una calle ó de un puente, y recitando los cánticos que habia escrito, atraía la multitud que por este medio sencillez, divertido y nuevo, oía con gusto las verdades serias que la fastidiaban en los sermones. Reunía á la poesía la ciencia de las leyes romanas, de las matemáticas y de la astronomía. En una palabra, llegó á ser tan célebre por sus conocimientos, que no solo era el oráculo de sus compatriotas y de los salvajes vecinos, tales como los escoceses, sino que igualmente llamó la atención de los franceses que pasaban el mar ansiosos de oír sus lecciones.

Pero este piadoso maestro cuidaba aun mas de ejercitar á sus discípulos en la virtud que en las ciencias, y todas sus lecciones eran precedidas de sus ejemplos. Fiel á los deberes de su primer estado, esto es, de la soledad á que se habia dedicado, nunca salió del monasterio sin que le obligase una necesidad manifiesta. Aplicábase principalmente á la lectura de los libros sagrados y á la oración: atormentaba su cuerpo con grandes austeridades, y algunas veces aun en las noches de invierno se sumergía hasta los hombros en el agua de una fuente, permaneciendo allí mientras rezaba el Salterio: penitencia ciertamente espantosa y casi increíble á no conocerse el tempe-

ramento duro de aquel pueblo y las costumbres de aquellos tiempos. Le ordenó sacerdote Leuterio, obispo de Ouessex, quien confirmó el establecimiento del monasterio de Malmesburi, y le nombró solemnemente abad de él. Despues del fallecimiento de San Eddo, sucesor de Leuterio, fué dividida en dos la diócesis de Ouessex, es decir, de Worchester, con motivo de ser muy grande el número de fieles que de dia en dia iba en aumento. Colocaron una de estas dos Sillas en Vinchester y otra en Schirburn, de la que Adelmo, ya de edad avanzada, fué consagrado obispo por el arzobispo Britualdo. Mas este metropolitano le detuvo algun tiempo en su compañía, despues de haberle ordenado, para aprovecharse de sus consejos. Apreciaba Britualdo mejor que otro alguno el mérito de este hombre extraordinario por haber sido su y compañero de estudio y de profesion en la vida monástica.

Solo cuatro años vivió San Adelmo en el obispado, pero no murió con él su reputación. Consérvanse muchas obras suyas en prosa y en verso, entre las que sobresale por su mérito particular el tratado contra los errores de los bretones, libro que escribió por orden de un Concilio y que preparó felizmente aquellos pueblos para que volviesen á la observancia de los usos comunes.

Nada se hubiera logrado, antes bien, todo se hubiera perdido tratando bruscamente á aquellos isleños, cristianos generosos y fervientes cuya virtud llegaba al heroísmo, pero extraordinariamente apegados á la singularidad de sus costumbres. Los Pastores, guiados del espíritu de benignidad de Jesucristo y de su Iglesia, conduciáanse con ellos como con unos enfermos, espiando las ocasiones y buscando los remedios mas propios para curarlos de sus preocupaciones. Si no hacían uso de la autoridad para apli-

carles los mas fuertes por su naturaleza, elegían diestramente los mas acomodados á las disposiciones de aquellos con quienes trataban.

Así obró San Ceolfrido, abad de los célebres monasterios de Viremouth y de Jarrou, con San Adamnan, sacerdote y abad del monasterio de Hi en Irlanda (1). Este, habiendo sido enviado para algunos asuntos de su nación á la corte de Alfrido, rey de Nortumberland, tuvo ocasion, durante su permanencia en aquella corte, de observar las costumbres de los cristianos ingleses, formados por la Iglesia romana. Estrecháronle fuertemente los sugetos mas sábios del país á que se conformase con ellos, representándole que aquellos usos eran los de la Iglesia universal, cuya ventaja no podían contrarrestar los de sus irlandeses, reducidos á un punto muy limitado del globo. Era perentorio el argumento, pero con todo eso no fué eficaz. Visitó Adamnan algunos dias despues á Ceolfrido en su monasterio de Viremouth. Este respetable prelado habia estado en Roma con su antiguo maestro San Benito Biscop, donde aprendió con perfección los usos de la Iglesia romana y las pruebas mas sólidas que los autorizaban. Sin embargo, valiése de armas enteramente distintas contra el solitario irlandés. Fijando su consideración en la forma de tonsura que distinguía al clero de aquella nación, le dijo: hermano mio, vos que aspiráis á la corona inmortal, vos cuya sabiduría, humilde modestia y piedad os dan efectivamente el derecho de pretenderla, ¿por qué lleváis en vuestra frente una corona imperfecta? ¿Esperáis acaso una acogida favorable del poderoso portero del cielo, cuando lleguéis á su presencia con la tonsura del mago á quien anatematizó? Era entonces tradición generalmente recibida (aunque se

(1) V. Eod. lib. 5 hist. cap. 16 et 22.

ignora el fundamento), que Simon Mago trajo una tonsura en forma de media corona por la parte anterior de la cabeza. Respondió avergonzado Adamnan: estad seguro, hermano mio, que si llevo la corona de Simon, detesto sin embargo su impiedad y sus errores. No pasó mas adelante Ceolfrido; pero su discurso quedó profundamente grabado en el espíritu de Adamnan que hizo las reflexiones mas serias: era timorato y tenia mucha probidad y grandeza de alma. Tomó en fin generosamente su partido, y á pesar de la preferencia que los irlandeses, obstinados en sus ideas de indigenato, afectaban sobre la Inglaterra y sobre todos los países invadidos por los estrangeros, abandonó decididamente las costumbres de sus padres para abrazar las de los ingleses. Cuéntase á este piadoso abad en el número de los Santos.

Redujo igualmente San Ceolfrido á los usos de la Iglesia romana á los pictos ó escoceses, que habiendo tenido por apóstol á San Columbano el antiguo, conservaban tambien sus tradiciones irlandesas. Mas ilustrado su rey Naiton que sus predecesores, sabio hasta cierto grado, ó versado á lo menos en la lectura de buenos libros, se admiró y aun formó escrúpulo al ver la diferencia que habia entre los cristianos de sus dominios y todos los demas fieles. Tomó al punto su resolución, y para realizarla con mayor autoridad envió diputados á Ceolfrido cuyo nombre era venerado en todas las islas británicas. Pidióle instrucciones relativas á sus designios, y arquitectos capaces de edificar una iglesia de piedra al estilo de las de Roma. Al enviarle Ceolfrido los arquitectos, le escribió una carta muy larga que trataba principalmente de la Pascua, en la que probaba con solidez deberse celebrar con la Iglesia católica en la tercera semana del primer mes, contando segun las lunas, y siempre en domingo. Esta carta da á co-